



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Psicología

Cuando el discurso
se inscribe en el cuerpo

Memoria para optar al Título de Psicóloga

Autor: Rosa Patricia González Herrera
Profesor Patrocinante: Profesor Horacio Foladori

Santiago de Chile.
-2012 -

Tabla de Contenidos

RESUMEN	2
OBJETIVOS.....	3
DESARROLLO	5
I Adolescencia: Metamorfosis y Duelos	5
II Algunos conceptos teóricos.....	9
III Trauma: Protección y Responsabilidad subjetiva	13
IV Tatuajes y Marcas: Grupos de pertenencia	17
V Tatuajes y Marcas: Velos que Protegen	20
VI Iniciación: Pasaje al sujeto que soy	22
VII Enlaces	27
CONCLUSIONES	37
LISTA DE REFERENCIAS	39

RESUMEN

Presentamos los diferentes aspectos que definen la etapa adolescente, los conflictos, duelos, problemáticas y pasajes que atraviesa el púber en la *metamorfosis de la pubertad*. Conceptualizamos el trauma y la angustia, puesto que el adolescente se vería llevado al trauma en tanto las conflictivas que lo afectan excede la capacidad psíquica si es que no cuenta con los recursos psíquicos, familiares, o de contención necesarios.

Describimos lo que constituye “marcas en el cuerpo”, destacamos la importancia del grupo de pares en esta fase evolutiva, relacionándolo con las marcas y las diversas expresiones estéticas que le permiten incluirse y pertenecer a un grupo o “tribu”. Por último, articulamos y concluimos de que modo los ritos iniciáticos y las inscripciones en el cuerpo pueden coadyuvar a la constitución de la subjetividad, a servir de cobertura protectora frente al trauma y la angustia, cómo pueden ser un apoyo y soporte al estado frágil y expuesto del púber.

OBJETIVOS

El objetivo de esta tesina es realizar una revisión y lectura sistemática, crítica y lo más extensa posible a través de los trabajos teóricos psicoanalíticos que tratan el tema de la adolescencia con el fin de profundizar en la problemática juvenil, descubrir la relación que tienen las marcas e inscripciones en el cuerpo con los diversos conflictos y transformaciones que tienen que enfrentar los adolescentes en esta etapa evolutiva. El resultado será un trabajo de articulación teórica que intentará servir como marco referencial teórico articulado que permita dar cuenta de estos fenómenos cuando los encontramos en la clínica con púberes y adolescentes.

Pretendemos hacer un aporte con el fin de detectar en forma temprana y a través de las diversas llamadas de atención en la mudez de la marca, en la mudez que se impone al adolescente al no poder elaborar y poner en palabras lo que lo angustia, y poder apoyar a este sujeto a poner en palabras, a poder elaborar en un dispositivo adecuado al fin.

Creemos que este trabajo puede tener gran relevancia, en tanto puede apuntar a destacar lo que puede aportar el dispositivo psicoanalítico a la elaboración de los procesos de cambio, de crecimiento y duelo que afecta a los adolescentes exponiéndolos y fragilizándolos. Procesos que pueden llevar a los adolescentes a prácticas que pueden partir desde una inscripción simplemente ritual o identificatoria con el grupo, hasta actos o síntomas verdaderamente destructivos o mutiladores que pueden dañar en forma seria - incluso grave o fatal- a ellos mismos o a terceros.

INTRODUCCION

Cuando la capacidad de simbolización no alcanza a expresarse con la palabra puede suceder que aquello imposible de elaborar se inscriba de variadas formas en el cuerpo: enfermedades psicosomáticas, dolores en diversas partes del cuerpo sin tener una causa orgánica específica, autoflagelaciones, mutilaciones, tatuajes, piercings, anorexia o bulimia, entre otras.

Esta imposibilidad puede ocurrir frente a diferentes situaciones a través de la vida del individuo, sobre todo a partir de crisis, duelos, situaciones traumáticas, en pocas palabras ante lo inexpresable, lo que no se entiende, lo que avasalla y no se logra explicar y que amenaza con llevarnos hacia ese agujero de lo no sabido e inexplicable.

La adolescencia es una fase en la cual esta imposibilidad de simbolización es más probable puesto que, en primer lugar, suceden variados y grandes cambios que deben ser elaborados y para los cuales no se tienen palabras. Estos cambios están asociados a los duelos, renunciaciones y pérdidas que son propias de esta fase –entre otros: pérdida de los padres de la infancia, pérdida del cuerpo infantil-. En segundo lugar, la pubertad produce cantidades de excitación excesivas -por el surgimiento explosivo de pulsión sexual- que deben ser ligadas, que le exige al aparato psíquico una cantidad de trabajo que complejiza aún más el atravesamiento de esta etapa.

Los tatuajes, las automutilaciones, los cortes sobre la piel, habitualmente empiezan a hacer su aparición en la adolescencia, como una respuesta en acto directamente sobre el cuerpo en la ausencia de la palabra, pues el lenguaje ha quedado retrasado. ¿Por qué el adolescente intenta procesar a través de una marca visual inscripta en su cuerpo -que podríamos decir pertenece a lo imaginario- algo que debiera ser elaborado en un nivel de procesamiento mental, de pensamiento, del uso de la palabra, que debiera pasar por el lenguaje -o sea en el ámbito simbólico- para intentar ligar aquello que surge desde lo real? Lo real en tanto trauma, que en la adolescencia ataca al sujeto por vía de los cambios corporales que son disruptivos para la imagen corporal del infante que fue, la imagen narcisizada, la imagen primeramente libidinizada en un momento anterior.

DESARROLLO

I Adolescencia: Metamorfosis y Duelos

Para comenzar, queremos poner en primer plano el objeto de nuestro estudio, para ello hemos recorrido la literatura buscando los diversos conceptos que giran en torno a la adolescencia y a los adolescentes.

Piccini, Barrionuevo y Vega (2007) afirman que los cambios biológicos imponen al joven un cuerpo que el Yo siente ajeno, extraño y que no lo identifica, además, irrumpe un erotismo nuevo -que Freud llamó erotismo genital- por lo tanto el cuerpo erógeno libidinizado también se hace ajeno, se hace entonces necesario hacer nuevas ligaduras para poder constituir una *representación-cuerpo* que integre a este cuerpo ajeno y extraño como propio.

Las psicoanalistas Medeiros, Silveira y Machado(2009) coinciden en estos conceptos, afirmando por su parte, que el cuerpo adolescente es invadido por grandes modificaciones biológicas y psíquicas, donde se producen acomodaciones, desacomodaciones, ligazones y desligamientos, y es evidente que la intensidad de las excitaciones puede ser aumentada aún más por el fracaso de la elaboración psíquica por una falta de recursos de simbolización durante este período.

El proceso se hace aún más difícil puesto que la pulsión –fuerza que no tiene pausa y de la cual no se puede escapar- durante la pubertad ataca todavía más porque aún no ha podido ser ligada.

Según siguen las autoras: el sujeto adolescente se ve ante la exigencia de procesar psíquicamente estas excitaciones que lo atacan desde afuera y lo inundan desde dentro, y ahora ya no cuenta con la omnipotencia infantil, la salida que encuentra es a modo de descarga a través del cuerpo erógeno pero que no constituye elaboración psíquica, entonces para evitar su propio dolor psíquico realiza acciones excesivas que atemorizan y

dejan a cargo de otros su propio dolor sin reconocer la imposibilidad de elaboración que está sufriendo (Medeiros et al., 2009), entendiendo que acciones excesivas puede significar que el adolescente realice algún tipo de agresión del tipo *acting out*, o aún peor de *pasajes al acto* atacándose a sí mismo o a otros.

Tanto es así, que según Quiroga (1998), durante la pubertad la tensión pulsional genital hace que la *representación-Yo* que hasta ahora acompañaba al niño de ayer se desorganice y se produzca un verdadero estallido de la imagen corporal, que se vive como la fragmentación del propio cuerpo, incluso con fenómenos de despersonalización y extrañamiento, perdiéndose los límites de la corporeidad, diríamos que el espacio *yo, no-yo* queda lesionado, con lo que el propio narcisismo queda en entredicho.

De hecho, la autora agrega, que el adolescente temprano sufre la transformación de su cuerpo y lo puede vivir como una vivencia de cuerpo fragmentado, que se expresa en fantasías de ser un monstruo, o parecer un objeto informe como un “*saco de papas*” o terrorífico como un “*Frankenstein*”. Esta sensación de imagen repulsiva frente al espejo se revierte en la adolescencia media, donde pasan largas horas frente al espejo, en el gimnasio o en lugares que le permitan embellecerse en una especie de narcisismo no patológico ni traumático que busca transformarse en ser hermosos como los héroes y las princesas (Quiroga, 1998).

Diríamos en una especie de reencuentro con la unidad imaginaria del *Yo -i(a')*- que había sido perdida en la adolescencia temprana.

Para resumir lo anterior, y apoyándonos en Quiroga (2005), podemos decir que los tiempos que se pueden visualizar en la adolescencia, son tres: el primero de ellos corresponde a la secuencia cronológica lineal, y los otros -más destacables para lo que estamos tratando-, son por una parte el tiempo lógico, relacionadas a la constitución de las estructuras psíquica, la resignificación, y las profundas re-estructuraciones, re-transcripciones y re-escrituras, y por otra parte, el tiempo de la repetición –que algunos autores lo refieren como una regresión- de las estructuras edípicas y arcaicas que tienen que ver con el narcisismo primario y el sentimiento de sí, se reeditan pues el Edipo y el

Narciso, en un complejo entramado de identificaciones, desidentificaciones y re-identificaciones.

Según Kancyper(1990), el grado de mortificación psíquica que siempre conlleva una desidentificación, se eleva muchísimo durante la adolescencia, porque “representa el momento privilegiado de la resignificación retroactiva de la reestructuración identificatoria en todas las instancias psíquicas de la personalidad” (el subrayado es mío) (Kancyper, 1990, p.1). En este momento el adolescente tiene que dejar de ser *a través de los padres* para poder llegar a ser él mismo, lo que implica abandonar la imagen idealizada y los lazos incestuosos con los padres para poder desidentificarse y reidentificarse en un proceso doloroso y culposo, similar a la pérdida ambivalente de un objeto de amor. (Kancyper,1990)

Desde otro enfoque, los autores de *La pubertad:¿un traumatismo?* señalan que no hay historia sin cuerpo ni cuerpo sin historia, tanto el psiquismo como el cuerpo reaccionan ante toda experiencia que altere su estado afectivo, y que “El registro de cada acontecimiento psíquico formará parte de los distintos tipos de memoria” (Rother, Grassi, Donzino, Reinoso, Sanders, Bleichmar & Otros, 1992, p.72), así entonces se construye una historia libidinal desde los discursos enunciados por la madre acerca del cuerpo¹ y los enunciados del niño que se irán incorporando a esa misma historia (Rother et al.,1992).

Como decíamos antes, sabemos que la pubertad conlleva una verdadera metamorfosis corporal, se impone entonces al adolescente un esfuerzo de reordenamiento de los afectos y las representaciones para poder aceptar este nuevo cuerpo y dar un nuevo rumbo a su historia libidinal. Campo de posibilidad para apropiarse de ese cuerpo capaz de procrear y de adquirir una nueva lógica de placer bajo el dominio de la genitalidad adquirida (Rother et al.,1992).

Piccini et al.(2007) afirman que con la irrupción de la pubertad surge en primer lugar la exigencia de un reordenamiento del material psíquico adquirido, en segundo lugar se produce una reedición de la problemática edípica, por otra parte tiene que hacer el duelo por el cuerpo de la infancia, por los padres omnipotentes y nutricios de la infancia, por la

¹ En términos lacanianos diríamos: atravesado por el significante y el deseo de la madre que lo hace deseante o lo congela sin deseo propio.

identidad infantil –no atravesada por la castración- que lo obliga a renunciar a la bisexualidad y a asumir responsabilidades al renunciar a la dependencia infantil. Además se enfrenta a la búsqueda de un objeto sexual exogámico como derivado del desasimiento de la autoridad de los padres, y por consecuencia a la construcción de una identidad sexual y por último la búsqueda de un lugar social a través de un proyecto en los tiempos del posmodernismo.

La adolescencia es un tiempo de duelos. Aclaremos con Quiroga(1998) lo que significa duelar: un duelo es un proceso de elaboración del Yo para redistribuir las investiduras, lo que demanda tiempo y energía psíquica, porque para llegar a tener las *representaciones-cosa* (que tienen que ver con los objetos) y las *representaciones-Yo* (que aluden a la propia imagen corporal o al sí mismo), fue necesario una larga y compleja construcción a través de múltiples representaciones singulares unidas a sus respectivos afectos a través de la historia del sujeto, donde cada una de ellas es necesario duelar.

Sabemos desde *El malestar en la cultura* de Freud, que existe una angustia y un dolor de vivir al tratar de conciliar y equilibrar la inmersión en la cultura con la pulsión: el *dolor de la existencia* en palabras freudianas. La adolescencia plena de muertes simbólicas como la del cuerpo infantil, la bisexualidad o los padres de la infancia, y con la propia exigencia vital de incluirse como sujeto en la cultura, se enfrenta a un mayor dolor de vivir si cabe. Ante este dolor psíquico –tristeza, conflicto, angustia, soledad, incertidumbre- el adolescente puede intentar solucionarlo a través de la acción, quizás un *acting out* mediante una mueca demostrativa como una señal en el cuerpo, quizás un *pasaje al acto*, o tal vez una *problemática adictiva*, como las drogas, la comida, o el alcohol.

Queremos finalizar este capítulo con lo que dicen Piccini, Barrionuevo y Vega cuando definen adolescencia:

Entendemos esta fase del ciclo vital como un momento que exige una transformación para lograr poner palabras a aquellos acontecimientos nuevos que se presentan desde “lo real” y que el joven no puede representar psíquicamente. Es un pasaje gradual del trauma a la representación, una nueva posición subjetiva que la cultura define como Adolescencia. (Piccini et al., 2007, p.10)

II Algunos conceptos teóricos.

Con el fin de llevar una lectura mas fluida, hemos decidido incorporar algunos conceptos teóricos que luego vamos a utilizar.

Lacan define tres registros, lo imaginario, lo simbólico y lo real. Lo imaginario está ligado a la imagen, y al estadio del espejo que está basado justamente en la imagen especular unificada que entrega el espejo al niño de ocho meses quien la recibe fascinado en tanto fragmentado aún en lo biológico por su humana prematurización, pero por sobre todo jubiloso pues recibe el consentimiento desde el adulto, ese Otro que le significa que ése -ese completo- es él. Lo simbólico está ligado a la ley, a las reglas y convenciones, al lenguaje que permite el intercambio entre los seres humanos, a la posición del sujeto respecto de los otros y a los significantes. Y por último, lo real se refiere a lo que no se puede expresar con palabras, y por tanto según dice Lacan lo estrictamente impensable, aquello a lo que no se puede poner significación. Lo real es lo que queda por fuera del universo simbólico e imaginario, pero ante lo cual el sujeto sólo puede reaccionar desde allí.

J.-D. Nasio(2008), quien analiza y compara la imagen del cuerpo desde Lacan y Doltó en su libro *Mi cuerpo y sus imágenes*, dice que el cuerpo imaginario “es el que veo, principalmente en el espejo” (Nasio, 2008,p.80). No es la apariencia en detalle, tal cual la vemos, sino es como un cuerpo visto como lo vería un niño de ocho meses –la edad del estadio del espejo-, es un cuerpo captado en conjunto, en masa global, que se captura de una vez y como un todo, tal cual la Gestalt. Y añade el autor que “La imagen especular tiene el poder mágico y péfido no sólo de alimentar el amor, sino también de fomentar el odio hacia sí mismo” (Nasio, 2008,p.80).

Queremos destacar que este autor realiza una definición de imagen que resulta precisa y hermosa: “Si ahora tuviéramos que resumir los tres principios que definen que es una imagen, diríamos: la imagen es siempre el doble de algo; la imagen puede imprimirse dentro de nosotros o aparecer fuera de nosotros en un espejo o a través de un comportamiento; y, por último, psicoanalíticamente hablando, la imagen es el doble imperfecto y conmovedor de un objeto que nos importa y, por lo tanto, tiene una carga

fantasmática, pues la imagen siempre es el despertar de una protoimagen inconsciente". (el subrayado es mío) (Nasio,2008,p.80).

¿Cómo no recordar cualquiera de esas imágenes llenitas de ayer que todos tenemos? Ese perfume y sabores de la cocina de antaño que hacía a nuestra infancia, o esa canción que nos lleva a oler la marea de un atardecer allá tan lejos, pero tan cerca.

Seguimos con Nasio(2008), para definir el cuerpo desde el punto de vista simbólico, y dice que el cuerpo en sí mismo, es una metáfora, la más elocuente de ellas, y es el objeto que ha sido más metaforizado y por ello más simbolizado en nuestro universo humano. No obstante, es necesario aclarar que la significación de la palabra símbolo en los conceptos lacanianos está basada en los conceptos de eficacia y poder que tiene el símbolo según Levi-Strauss, es decir no sólo sustituye una realidad –como usamos el símbolo generalmente- sino que puede modificarla e incluso engendrar la realidad. Y es lo que Lacan llama significante: un elemento formal capaz de transformar la realidad.

Aplicado al cuerpo, continúa Nasio, corresponde a alguna característica del cuerpo que de tan significativa –por ejemplo una nariz prominente, una discapacidad, una cicatriz- puede incidir en la vida del individuo a tal nivel que lo representa y le impone una realidad afectiva, sexual, profesional y a veces hasta lo nomina (Nasio,2008).

Por último, queremos definir también el cuerpo desde lo real, o sea definir lo indefinible, diríamos mejor un acercamiento en tanto nos lo permita ese real. Según Nasio(2008), en el cuerpo real convergen: el cuerpo sensorial que permite las sensaciones internas y externas, el cuerpo de los deseos o erógeno que nos habla del cuerpo de los bordes orientado al placer, y el cuerpo del goce que nos habla cuando la tensión y el cansancio extremo nos alcanza y sentimos como se degrada en forma inexorable.

La irrupción pulsional y los cambios corporales del adolescente pertenecen al registro de lo real, por esto queremos agregar algo más de lo real en palabras de Baumgart (2001), quien afirma que *lo real* –en conceptos lacanianos- es lo que queda *des-subjetivizado* del organismo viviente en la constitución de la vida psíquica humana. Y agrega que con la expresión *lo real del goce* se remite a todo aquello que escapa a la posibilidad de

imaginización y/o simbolización, y que se hace presente en el sufrimiento psíquico, como en los síntomas, y nosotros agregamos como en la angustia que se presenta cuando surge algo totalmente ajeno pero en medio de lo más familiar o íntimo -se hace presente lo ominoso, lo éxtimo, lo siniestro, lo *Unheimlich* de Freud- o, en palabras de la autora, cuando surge “la aparición de la ‘angustia’ en aquellos momentos en que un sujeto se encuentra desprovisto de su imagen y de la posibilidad de ser reconocido en el deseo del Otro. Che vuoi. El sujeto queda a merced de constituirse en un objeto frente a la amenaza aniquiladora en que se constituye el capricho del Otro” (Baumgart,2001,p.55)

Todo ello supone la ruptura de la capa protectora que según Freud es regulada por el principio del Placer para entrar en el campo del más allá del principio del placer, de la Pulsión de Muerte, del goce, del agujero en cuyo centro se encuentra el pequeño *objeto a*. Recordemos que el adolescente tiene la exigencia de apropiarse de ese nuevo cuerpo que se le hace totalmente éxtimo, de representarse de nuevo, de reasumir su cuerpo erótico en consonancia con el cuerpo adolescente ya no de niño, y estas vivencias de extrañamiento, de despersonalización, de no contar con su imagen son parte de este ataque desde lo real que lo acucia y le exige la necesaria simbolización y elaboración.

Otra de las problemáticas a la que se enfrenta el adolescente es a una serie de *no saberes* y que nadie le podrá contestar, ni siquiera el Otro, y corresponden a lo que dijera Freud no tiene respuesta: la sexualidad y la muerte.

Lacan tiene un conocido aforismo que dice “la relación sexual no existe”, quisiéramos clarificarlo a través de Kaplan y Tobar(2010), que nos parece muy adecuado pues está contextualizado en la adolescencia. Ellas se refieren a los cambios puberales, hormonales, mutaciones en el cuerpo que son objetivas para el propio niño y el entorno. Sin embargo, la subjetivación de esta transformación son complejas para el ser humano, pues:

A diferencia del cuerpo animal, cuyas funciones de conservación y reproducción están organizadas por el instinto, y sabe lo que hay que hacer cuando se encuentra con el otro sexo, en el ser hablante, el lenguaje trastoca el instinto en pulsión, fragmentando el cuerpo biológico alcanzado por lo simbólico.

La pulsión determinada así por el lenguaje produce una alteración en el cuerpo, busca su satisfacción, pero no dice como hacer con el sexo". (Kaplan & Tobar, 2010, p.168)

III Trauma: Protección y Responsabilidad subjetiva

En este capítulo queremos hablar acerca de la tensión, la excitación que irrumpe en el adolescente por la cantidad de cambios y de procesamientos o elaboraciones necesarias que hace que la capacidad y los recursos del aparato psíquico no alcancen y se produzcan eventos traumáticos, y las consecuencias de ello.

Quiroga (1998) afirma que la tensión que irrumpe desde la prepubertad en el cuerpo del púber se corresponde a un goce no adviniente, sin posibilidad de descarga orgástica, así, este incremento tensional coloca al aparato psíquico en una situación traumática por el exceso que lo avasalla. Y agrega que, en términos de Lacan, este ámbito del cuerpo no significado, o sea el cuerpo pulsional, corresponde al registro de lo real, ya que al aparato psíquico no tiene posibilidades, aún, de tramitar este incremento pulsional a otros registros como el imaginario o el simbólico. La investigadora señala que en lugar de orgasmo se produce un goce masoquista, ataques de furia, accesos de angustia, intensa risa, crisis de asma, etc. En este primer momento el aparato psíquico carece de las representaciones adecuadas para investir al Yo o al objeto, entonces estas manifestaciones son las transformaciones de la pulsión en representantes tanto orgánicos como afectivos, en un proceso complejizante y de mayor cualificación pues genera nuevas investiduras y genera esfuerzos de trabajo para el aparato psíquico.

Es más, para los niños y niñas de esta etapa, el sexo opuesto no constituye un objeto de deseo, según expresan Piccini et al.(2007), ya que evitar el encuentro con el otro significa evitar el encuentro con lo traumático: la castración. O bien, lo traumático que resulta enfrentarse con lo imposible del encuentro con el otro, en palabras de Lacan *que la relación sexual no existe*. Mediante dicha evitación evade una de las caras de la angustia y el trauma.

Sin embargo, Rother et al. (1992) dicen que si se define como traumática toda aquella experiencia cuya excitación excede la capacidad del psiquismo para elaborarla –usando los conceptos económicos de Freud-, entonces la pubertad es el traumatismo por excelencia pues se reeditan las experiencias sexuales infantiles y se resignifican – recordemos con todo el peso conceptual que Freud le otorga al hecho que la

resignificación es en un segundo tiempo, después de la pubertad y *a posteriori*- por lo que los autores afirman: “Los cambios corporales de la pubertad amenazan con desbordar la capacidad del aparato psíquico para tramitar los conflictos”. (Rother et al., 1992, p.73)

¿Qué es trauma?

Una primera aproximación la encontramos con Piccini et al.(2007), cuando declaran que la angustia producida frente a las situaciones traumáticas produce en el aparato psíquico la ruptura de la ligadura que se había establecido entre la pulsión de muerte y sus representaciones, lo que se traduce en una desmezcla que deja al sujeto a merced del goce, con la cara más terrible del masoquismo erógeno.

En nuestro concepto, la única forma de revertir el proceso es ligar de nuevo la pulsión y para ello debe intentar llevarla al campo del principio del placer, al campo de lo simbolizable, más acá de lo real, y no más allá del principio del placer.

Prosiguiendo con Piccini et al.(2007) podemos agregar que el despertar de la adolescencia se puede definir, considerando los conceptos lacanianos, como una complejidad desde lo real -desde lo impensable e imposible de simbolizar- que irrumpe en la pubertad, un avasallamiento de goce presentificado en las transformaciones y lo desmedido en el cuerpo y en lo real de la sexuación. El púber se encuentra inerme ante este goce, y enfrenta con sus recursos imaginarios y simbólicos para responder frente a esta desmesura, intentando un nuevo orden significante que le exige una nueva posición como sujeto.

Curiosamente, *lo real* de Lacan se acerca al *peligro real* conceptualizado por Freud, afirma Soler(2007) que Freud define como momento traumático al encuentro con lo que éste llamara “*peligro real*”, y agrega que es algo que viene desde afuera o desde adentro a nivel pulsional. Corresponde a una excitación incontrolable, donde el sujeto se encuentra en “desamparo”, y hay desamparo cuando el sujeto se encuentra confrontado a una cantidad de excitación y no tiene los recursos o las fuerzas para soportarlo o canalizarlo, lo que implica que en el trauma hay el aspecto de lo real y el aspecto del sujeto.

La autora afirma que se produce un evento traumático “cuando hay irrupción violenta de un real que cae bajo el individuo (...), un real imposible de anticipar y, a la vez, imposible de evitar. (...), que parece excluir la incidencia del inconsciente, o del deseo propio del sujeto que lo padece, (...) por estos conceptos es que decimos que constituye un real” (Soler,2007,p.139).

Agrega que en el psicoanálisis, hoy se habla más de fantasma y síntoma que del trauma porque parece ser que en el trauma la responsabilidad subjetiva no estuviera implicada. Y destaca que esta cuestión tiene un alcance clínico y ético, porque en tanto más se destaca el elemento traumático –lo imposible de evitar- más se justifica al sujeto, “más inocente” es, más miramos al sujeto como una pobre víctima. Sin embargo, Soler sostiene que “La práctica analítica implica un sujeto que, a pesar de los encuentros con lo real, reconoce su implicación, se atribuye algo”(Soler, 2007, p.146).

Por último, Soler (2007) nos explica acerca del mal de la época para con los adolescentes: la falta del Otro, mal que nos aqueja a todos en este mundo posmoderno, pero que para los adolescentes se suma que los padres –quienes deberían ocupar ese lugar-, se han *adolescentizado* dejando este lugar vacío. Ahora bien, Soler cree que no hay real o trauma -incluso el más espantoso- que un buen discurso no sea capaz de suavizar, y agrega que el verdadero trauma no puede aparecer cuando el Otro existe, cuando existe una pantalla que protege de lo real, un envoltorio protector que es el discurso y la voluntad del Otro. Lo que sucede con el sujeto moderno, es que es un sujeto no engañado del discurso, y parece ser que es por el hecho que los discursos han ido perdiendo consistencia, afirma Soler “el sujeto no cree más en los semblantes que permiten dar sentido a lo real” (Soler, 2007, p.144), y por eso: no es que hoy haya más sujetos traumatizados por mayor irrupción de lo real sino que los sujetos son más traumatizables en tanto no tienen la cobertura de los discursos creíbles, porque nos falta el Otro para hacer barrera de lo traumático.

Queremos cerrar este capítulo del Trauma, con algunas reflexiones sobre el *objeto a* – concepto central de la teoría de Lacan- que podemos escuetamente definir como ese algo no significatizado, separado y real del cuerpo, que es punto de concentración del deseo y el goce. Sabemos que cuando el *objeto a* anda cerca, la angustia también está cerca, de

hecho lo dice Lacan en un aforismo muy conocido: "La angustia no es sin objeto", y el objeto de la angustia es el *a*.

¿Cómo entonces el adolescente se puede proteger ante la angustia que lo desgarra en tanto la tensión y la excitación traumática lo ataca?

Si consideramos lo que Miller aclara acerca de la dimensión especular cuando dice "es la dimensión por excelencia en la que *a* se reduce a cero" porque el campo especular es el campo "en que el sujeto está más protegido frente a la angustia"(Miller, 2007, p.22), creo que podemos responder que una vía posible para protegerse se lograría a través de hacer algo a nivel de imagen especular: vestirse, dibujarse, peinarse, maquillarse, cubrirse, despeinarse, marcarse o tatuarse. Y de este modo sentir la ilusión que permanece en la dimensión imaginaria y se aleja de la angustia que lo real y lo traumático le provoca.

IV Tatuajes y Marcas: Grupos de pertenencia

Como hemos adelantado en nuestra introducción, una de las aristas que queremos investigar corresponde a las marcas que se realizan en el espacio imaginario del cuerpo, como son los tatuajes y otra serie de tipos de marcas que los adolescentes se realizan, según nuestra hipótesis, para responder desde el registro imaginario y como reacción al real que irrumpe desde su propio cuerpo durante la metamorfosis de la pubertad.

En su artículo *Adolescencia. Las marcas en el cuerpo*, las autoras Quiroga, Piccini, Belcaguy y Farro(2003) afirman que los tatuajes –tradicionalmente asociados a ritos, extravagancia o marginalidad- se han transformado, en los últimos años, en práctica usual entre la población adolescente. Y lo avalan con algunos datos que han aparecido en diversos medios de comunicación: a fines del 2003 se informó que más de cien alumnos entre 9 y 12 años presentaban cortes y raspones en las escuelas estatales de General Alvear, también se informa que en la población de estrato socio-económico alto se ha puesto de moda grabar en la piel las iniciales de sus parejas con cabezas de fósforo, clavos o lápices.

Con el fin de clarificar los conceptos referidos a las marcas, a continuación incluimos la descripción que las autoras hacen de una serie de prácticas que pertenecen al *body mod*, forma actual de referirse a las prácticas autoplásticas que toman como objeto al cuerpo, algunas de ellas: Tatuaje (dibujo y pintura con agujas en la piel), Body Piercing (aros o barritas que agujerean el cuerpo), Pocketing (insertar una barrita de acero por debajo de la piel), Expansiones (insertar un elemento para expandir alguna parte del cuerpo, como el lóbulo de la oreja por ejemplo), Branding (marca a fuego), Escarificación (incisiones profundas provocando una cicatriz destacada), Cutting (cortes con elementos filosos), Implantes subdérmicos (anillos o bolitas bajo la epidermis), Trepanación (agujerearse el cráneo), Lengua Partida (corte longitudinal a la lengua). Cabe hacer notar que todas estas prácticas tienen en común que son indelebles, constituyen una marca, una impronta para siempre en el cuerpo (el subrayado es mío) (Quiroga et al.2003).

Ya hemos dicho que uno de los duelos que debe realizar el adolescente es el de los padres de la infancia, quisiéramos agregar con Piccini et al.(2007), que en tanto el

adolescente requiere separarse y diferenciarse de los padres, generalmente no se identifica con ellos sino que se identifica con héroes y campeones, además se sobreidentifica con sus compañeros o pares a través de la estereotipia de sí mismo y sus ideales pues una identidad de este tipo ofrece identidades convenientes y por sobre todo certezas. El insertarse en grupos de pares es vital para esta etapa del adolescente, como lo afirman estos mismos autores “Los grupos de pares constituyen el sostén y el refugio del adolescente y le permiten ir realizando el lento duelo por los padres omnipotentes de la infancia”. (Piccini et al., 2007, p.155)

Por su parte, Quiroga(1998) agrega que para realizar el proceso de exogamia, el adolescente precisa de un espacio transicional- tal cual el objeto y espacio transicional teorizado por Winnicott cuando nos habla del bebé que tiene que alejarse del espacio materno en forma controlada sin tener que renunciar al todo de la madre-. Y prosigue la autora: el adolescente se inserta en diferentes grupos que conforman una contracultura adolescente que tiene sus normas, sus propios diálogos, sus criterios acerca de determinados temas, un lenguaje propio y una vestimenta (adornos, cabellos) que caracterizan a sus miembros, donde le es permitido entrar y salir. Es en este espacio, en el cual la autora piensa que el joven puede templar sus pulsiones, y hacer efectivo el desasimiento de los padres desinvistiendo los objetos incestuosos.

Y no sólo es la vestimenta y el lenguaje, según afirman Quiroga y Otros(2003), desde el punto de vista psicosocial las marcas en el cuerpo inscriben a quien los lleva como parte de un grupo con una identidad compartida, y a la vez le otorga una identidad individual. Asimismo, transformando el cuerpo heredado le permite al adolescente desmentir su origen, o sea cortar con sus nexos primarios –exigencia impuesta por la etapa que está viviendo- pues le permite sustituir la pertenencia a un linaje familiar por la de un grupo de tipo exogámico. (el subrayado es mío)

A este mismo fenómeno se refiere Cafarelli (2008), en su estudio acerca de las tribus, y destaca que, puesto que los adolescentes deben desarrollar su propia identidad, y esto implica: diferenciarse de lo conocido, del orden establecido, y que necesitan desasirse de la autoridad de los padres, ellos construyen su propia estética que los diferencia del “*resto del mundo*” y los hace reconocibles como pertenecientes a un grupo. Exponen una serie

de rasgos y atributos externos, que de algún modo les permite construir su identidad y responderse a la pregunta de *¿Quién soy yo?*, con la apoyatura de los pares de su tribu, donde se sienten contenidos y recuperan el sentido de sí.

Por estas razones, sigue la investigadora, los adolescentes se congregan y coinciden en función de afinidades, gustos o ideales, como también de expresiones culturales y estéticas, parámetros que definen y caracterizan a las diversas tribus que observamos, y según cita Cafarelli a Maffesoli constituyen “verdaderas comunidades emocionales”, el énfasis y el esmero que invierten en la apariencia física, tiene que ver con esta búsqueda de la identidad, pues de ese modo se diferencian, y así tenemos grupos diferenciados como los Emos, Ravers, Floggers, Góticos, Punks, Indies, Heavies, Rockeros, Rockabilies, Hippies, etc. (Cafarelli,2008).

Tantas agrupaciones que constituyen grupo, comunidad y lugar de pertenencia para los jóvenes que, como hemos reiterado antes, están viviendo un momento de alta complejidad, soledad y tensión traumática, donde el discurso que provee el grupo sirve de cobertura, tan imprescindible para lidiar con lo traumático de la adolescencia, y según lo que dijimos en el Capítulo III -referido al trauma- cuando afirmamos con Soler que ningún trauma es tan espantoso que un buen discurso, una pantalla de Otro, no pueda suavizar, no pueda hacer de pantalla frente a este real. Creemos que para simbolizar la fuerza del discurso nada mejor que elegir un fragmento del propio discurso de una de estas *tribus urbanas*:

Manifiesto Rave:

(...)No somos criminales. No somos drogadictos. No estamos desilusionados. No somos niños ingenuos. Somos una entidad masiva, una aldea tribal, global, que supera cualquier ley establecida por el hombre, así como la geografía y el tiempo en sí mismo. Somos masivos, somos Uno Solo.

Estamos formados del sonido mismo, del golpe lejano, estruendoso y distorsionado por el viento que es como el latir del corazón materno que da calma en el vientre, éste de concreto, de acero y cableado. (Cafarelli, 2008, p.149) (ambos subrayados son míos)

V Tatuajes y Marcas: Velos que Protegen

A partir de la enseñanza de Freud, después del *Más allá del Principio del Placer*, sabemos que la pulsión de vida y la de muerte coexisten y se equilibran en tanto están mezcladas y el *principio del placer* mantiene ligada a la *pulsión de muerte*, cuando hay una gran excitación que no puede ser ligada con los recursos del aparato psíquico se produce un desborde que conlleva a una desmezcla pulsional de gran angustia y trauma para el sujeto, de hecho, los cambios en la pubertad, amenazan y desafían al aparato psíquico a grandes esfuerzos y diversos trabajos de ligadura de la pulsión. Según Quiroga(1998), entre los mecanismos que se han observado entre los adolescentes para elaborar psíquicamente esos cambios está la utilización de “velos”: el velo de la fantasía, el velo de los ropajes, y nosotros quisiéramos agregar que el propio cuerpo lleno de tatuajes y deformaciones se puede hipotetizar como otro tipo de velo. Quiroga(1998) agrega, que los adolescentes privilegian los encantos ligados a *ser mirados*, ya sea como un cuadro estético a través de adornos, vestimenta y maquillaje, o un cuadro de omnipotencia a través de la potencia muscular y el movimiento armonioso.

Diríamos –siguiendo a Lacan- que se trata, además de cubrir de alguna manera, con algún tipo de identificación, ese cuerpo que desgarrado preso de la castración que ha de asumir, desprovisto de significación psíquica, desnudo frente a la mirada del Otro, como frente a la Mantis Religiosa *preguntándose “che vuoi”, “¿qué me quiere?”*, sin poder saber que buscan esa cantidad de ojos que lo miran esperando algo de sí, y que no sabe qué es. Ante esto, es muy posible que recurra a recubrirse el cuerpo con una segunda piel, que lo proteja, que lo salve de esa mirada múltiple del Otro, una segunda piel llena de tatuajes y marcas que lo esconda de la mirada y del deseo que angustia del Otro.

También se puede responder al Otro con lo que Lacan conceptualizó como el *fantasma*, y esto lo explican Piccini et al. (2007) cuando aclaran que la respuesta a la pregunta de *¿qué me quiere?* el sujeto la construye en el *fantasma*, que corresponde a una frase, un argumento de una escena en la cual el propio sujeto está incluido, en palabras de Lacan es un *‘montaje’*.

Afirman Piccini et al.(2007) que durante la adolescencia se ha de producir algún tipo de reformulación del fantasma, porque el adolescente está sufriendo una profunda conmoción en la estructura, que “puede ser definida como encrucijada fundamental para el sujeto” (Piccini et al., 2007,p.183) (el subrayado es mío).

Y agregan, que se debería producir la consolidación de la respuesta posibilitada sólo si puede construir un lugar simbólico propio, diferenciado, heterogéneo a su entorno familiar, para que pueda sentirse validado con una respuesta con derecho propio respecto del deseo del Otro. En este momento el fantasma puede vacilar, y dependiendo de los recursos personales puede llegar a desdibujarse y no contar con el fantasma en un momento crítico, dicha circunstancia puede llevar al adolescente a expresiones por vía del acto, o poner –o exponer- su propio cuerpo para defenderse ante la angustia que le provoca el deseo del Otro. (Piccini et al., 2007)

Quisiéramos hipotetizar que un modo que le sirve de apoyatura u ortopedia frente al deseo del Otro puede ser cubrirse con alguna marca, deformación o cualquier tipo de inscripción en el cuerpo con el fin de sentirse protegido, encubierto para desviar la mirada del Otro de su cuerpo desnudo, utilizando el propio cuerpo en esta defensa. En palabras de estos autores: “Cuando irrumpe la angustia el sujeto apela al fantasma, y si éste no se halla consolidado, o bien se muestra débil como puede suceder en la adolescencia, se puede responder con un decir sin palabras en la actuación o haciéndose cargo el cuerpo de la falta de argumento fantasmático.” (Piccini et al., 2007,p.183)

VI Iniciación: Pasaje al sujeto que soy

En este capítulo vamos a presentar la problemática que el adolescente sufre cuando cruza la frontera de niño a adulto y los modos en que se ha enfrentado la sociedad y los propios púberes para constituirse en individuo social, sujeto y volver a apropiarse de su mismidad.

En primera instancia, queremos introducir el concepto de rito de paso. Mendoza y Rodríguez (2010) -autores del artículo *Adolescencia hoy: ¿Un tránsito transitable?*- describen lo que es un rito, diciendo que “Es un acto religioso o ceremonia repetido invariablemente, con arreglo a normas estrictas. Los ritos son celebraciones de los mitos. Tienen un carácter simbólico, en tanto expresión de los mitos”. (Mendoza & Rodríguez, 2010, p.8) .

A continuación, Mendoza y Rodríguez (2010) explican que *rito de paso* es un concepto etnológico que categoriza los ritos asociados a las transiciones en la vida de un individuo, declarando que uno de los ritos de paso más característico es el de *iniciación*, que corresponde al pasaje de niño a adulto. Destacan que según algunos autores que han estudiado los ritos de iniciación, han llegado a elegir ciertas características que se reiteran, a saber:

- Incidencia: El conjunto de la sociedad participa en la ceremonia.
- Segregación – Inclusión: en todos los casos, tanto el niño como la niña son separados de la madre, y a veces del padre. Lo que se repite es la separación del ámbito familiar de quien ha de ser iniciado, mientras que el otro movimiento lo incluye en la comunidad en su conjunto.
- Transmisión: se observa como hecho invariante, que durante la ceremonia propiamente dicha siempre se transmite un oficio, el ejercicio de una actividad o de un saber.
- Marcas en el cuerpo: el iniciado sale del rito con una marca visible en el cuerpo; quienes la poseen se incluyen a partir de ese momento en calidad de adultos, mientras que quienes no lo poseen son considerados todavía niños.

Pensamos que cada una de estas características, se conecta en forma palpable y vívida, a alguno de los duelos que hemos dicho vive el adolescente: paso a la exogamia dejando atrás a los padres de la infancia, marcas en el cuerpo que simbolizan la aceptación de un nuevo cuerpo por la sociedad reconociéndolo diferente, y un lugar social que de algún modo lo ubica como sujeto en esa sociedad, lo identifica y lo nombra, o sea le da una identidad. Quisiéramos agregar que hoy en día, todavía podemos ver algunos ritos que marcan de algún modo este pasaje, tales como la comunión y la confirmación católica, el baile de los 15 años, el bar mitzvah judío, pero evidentemente la fuerza de ellos no compete con lo que se puede observar en las sociedades más primitivas, donde los ritos tienen una potencia y fuerza social verdaderamente relevante. Y si escuchamos lo que dice Doltó lo confirmamos: “Los ritos de iniciación favorecían probablemente la sublimación de la castración simbólica” (Doltó, 2004,p.84). Más aún, agrega que estas prácticas de iniciación que se realizaban en un entorno colectivo les ayudaban a librarse del sentimiento de culpa que se apodera de ellos cuando se hace en solitario, pues es sentido como una transgresión no como una entronización, y en la actualidad, el rito de paso ya no se utiliza. (Doltó,2004)

Esto nos lleva a hipotetizar que, quizás un acto doloroso como un tatuaje o alguna práctica de deformación del cuerpo le permita dar este salto en el pasaje de niño a adulto, en la búsqueda de algún tipo de práctica que supla a esta iniciación de la que carece y que la sociedad posmodernista le niega.

El trabajo de la constitución de la subjetivación toma diversos caminos, y uno de ellos – según lo comentan Quiroga et al.(2003)- son las señales en el cuerpo que constituyen inscripciones donde el sujeto intenta forjar una marca identificatoria intentando constituir un sujeto que se pueda exhibir a los demás, pero esta constitución por lo general resulta fallida, viene a resultar una prótesis de sujeto. Se produce una falla en la constitución de la subjetividad, hay una serie de manifestaciones –modificaciones en la piel, manipulación de la ingesta, actos violentos- que los adolescentes llevan a cabo en un intento de sustituir un contenido psíquico, como la angustia, el conflicto o la tristeza por una acción, que intenta ser resolutiva pero que en general fracasa. Lo que sucede es que al adolescente no le alcanzan las palabras y sus recursos de elaboración simbólica flaquean y se desencadena una actuación (*acting out*) o peor aún un *pasaje al acto*, que puede

poner en peligro al joven o a quienes le rodean. Y destacan que: “Más allá de las diferencias entre estas diferentes manifestaciones, todos estos adolescentes presentan, en mayor o menor grado, alteraciones en la constitución de su subjetividad.”(Quiroga et al., 2003, p.2)

Y como dijimos antes, el sujeto adolescente tiene grandes desafíos, no cabe duda que las dificultades de este pasaje son muchas, y se trata de cruzarlo sin perder su mismidad en el intento, y lo explica muy claramente Rother et al.(1992) –paseando por los tres registros lacanianos que hemos revisado con Nasio en el Capítulo II- cuando explica que en la realidad del cuerpo se entrecruzan varios planos, en primer lugar la noción de representación del cuerpo libidinal que refiere al funcionamiento pulsional edificado en función del plus de placer o proceso de libidinización en el intercambio recíproco con el discurso de la madre, en segundo lugar la imagen inconsciente del cuerpo ligada a lo figurativo, a lo especular y visual, y en tercer lugar hace referencia a la identificación simbólica que dice relación con el cuerpo simbólico, que será el representante del sujeto en los intercambios sociales del mundo exterior. Y el adolescente tendrá que ubicar su cuerpo en este triple registro.

Y agrega: “El trabajo de la pubertad consiste en encontrar soluciones para asegurarse, a pesar de este cambio brutal interno y externo que le sobreviene, la continuidad del sentimiento de la mismidad, para hacer que la desarticulación potencial no induzca a una ruptura narcisista”.(Rother et al., 1992,p.75)

Explica Rother et al.(1992), que estos cambios puberales atraen al cuerpo fuera de la psique, sobre *otra escena*, provocando los fenómenos de extrañamiento o extrañeza, pero que le permiten al adolescente encontrar soluciones parciales a los conflictos internos atribuyendo la responsabilidad de estos conflictos a otro ajeno, a ese otro extranjero en que ha devenido su cuerpo que es su cuerpo pero a la vez no lo es. Así, “puede ser económicamente el depositario del odio, de la agresividad, la envidia, es decir de todos los afectos amenazantes para su propio psiquismo” (Rother et al., 1992,p.76).

Creemos que una de las manifestaciones donde este odio hacia ese otro que no soy yo pero es mi cuerpo se expresa en el *cutting*, el corte provocado con rabia sobre el propio cuerpo –piernas y brazos- que vemos bastante a menudo en la Clínica de adolescentes.

Para revisar un poco más el tema de los cortes, vale la pena traer lo que Zamorano(2010) incluye en su artículo *Cortes que hacen cuerpo*, donde intenta enfocar el tema de los cortes desde un punto de vista del posmodernismo y la sociedad de consumo. En primer lugar, aclara que el trastorno autolesivo, que corresponde a los cortes inflingidos en el propio cuerpo y de forma voluntaria, se está intentando ubicar dentro del *DSM IV* por varios autores como un nuevo trastorno, como una enfermedad separada, y no como un síntoma más de otras enfermedades, esto implicaría que se borran las diferencias entre un corte u otro. Por otra parte, explica que en la posmodernidad, época de consumo, de consumo excesivo y de todo, el cuerpo se ha transformado también en un objeto más de consumo, y afirma que “Esta transformación entraña la paradoja de que nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en producto de consumo.”(Zamorano, 2010, p.101) por lo que se puede decir que hay una tendencia a que el objeto ascienda en desmedro del sujeto. (el subrayado es mío)

Finalmente, agrega que en las sociedades capitalistas, sobre todo en Estados Unidos, las epidemias de *cutters* –adolescentes que muestran sus cortes en la Web- ha cobrado una fuerza inusitada, y concluye: estamos ante un fenómeno donde el cuerpo y sus cortes se han convertido en culto y exhibición.(Zamorano,2010)

Quisiéramos conceptualizar que estas expresiones devienen en ser un mostrarse, un exhibirse y quizás un provocar el deseo del Otro, o al menos atraer la mirada del Otro, un Otro que se parece más y más a nuestra *Mantis Religiosa*, con cientos de ojos que no se ven, ahora menos que nunca pues están lejos y detrás de cada pantalla que se conecta a la Web.

En este sentido, vale mencionar el artículo “*Una reflexión sobre lo real y los nuevos semblantes*”, donde Di Masso y Mitre(2010) presentan un análisis del modo en que las nuevas tecnologías –fotologs, blogs, chats, redes sociales en general- afectan o incluso moldean a los adolescentes en su construcción subjetiva en la actualidad. Ellos explican

que estos medios son vías que proliferan cada vez más y en los cuales los chicos muestran su privacidad y su intimidad a “los más posibles”, y destacan que “cada vez se vuelve más necesaria la mirada del otro para poder ser alguien (...) se trataría de un mercado de mostración y observación de los cuerpos donde la confirmación de los otros sostiene un modo de ser”. (Di Masso & Mitre, 2010, 113) (el subrayado es mío)

Para Di Masso y Mitre la explicación residiría en lo dramático que resulta para el adolescente enfrentar el erotismo, la sexualidad y el encuentro con una pareja -usando términos lacanianos enfrentarse con “lo imposible de la relación sexual”-. Según dichos autores, diversas épocas y culturas han encontrado diversas soluciones, ritos iniciáticos por ejemplo, y en la actualidad -donde prima lo imaginario sobre lo simbólico- muchos adolescentes optan por sacarse fotos de todo lo que hacen y de ellos mismos y subirlas a la Web (Di Masso & Mitre, 2010)

Y como hemos dicho antes, exhiben su cuerpo imaginario, ése de la dimensión especular, ése que parece unificado, ese cuerpo que es el Ideal ilusorio, ese cuerpo y ese individuo que se ofrece al espectáculo y al goce de la mirada, ofrecido y ofrendado al Otro, al Otro de los mil monitores que lo sostiene subjetivamente, entregándole y repitiendo como mil ecos, como mil imágenes la ilusión del ser.

VII Enlaces

Una de los aspectos más dolorosos para el adolescente es la pérdida de su cuerpo infantil, la imagen que hasta ayer era armoniosa, de pronto ya no lo es más, y sobre todo pensando que la apariencia, la estética, y en el decir de Nasio la *"imagen del cuerpo-visto"* es tan relevante, pues es lo que este adolescente ha ido privilegiando desde los dos o tres años de edad. Para comprender estas aseveraciones sigamos la fundamentación de Nasio(2008), quien compara los conceptos de imagen de Lacan y de Doltó, y afirma que para Lacan, hay un reconocimiento precoz, lúdico y jubiloso de la imagen especular o visible del cuerpo. En tanto confirma que Doltó destaca que el niño se da cuenta con amargura, a los dos años y medio, que "su imagen no es él, que existe una distancia irreductible entre la irrealidad de su imagen y la realidad de su persona" (Nasio, 2008, p.21), lo que le produce un verdadero trauma.

Nasio considera más gravitante este segundo momento, porque afirma que en esta desilusión el niño reacciona con desencanto y deja de lado las imágenes inconscientes del cuerpo y comienza a *"atesorar las imágenes halagadoras del parecer"*, al darse cuenta que esa maravillosa imagen unificada de sí no era más que una apariencia, y a partir de allí *"la imagen del cuerpo-visto"* será privilegiada respecto de las imágenes del cuerpo-vivido.(Nasio,2008,p.21)

Después de está primera decepción que lo hizo girar hacia lo que se ve, ahora, durante la adolescencia, una vez más aquella imagen unificada que se habría inaugurado en el primer año de vida durante el estadio del espejo se ve estremecida. En palabras de Piccini et al. (2007): el sujeto tiene dificultades en reconocer su propio cuerpo como unificado, porque las transformaciones que ha sufrido su cuerpo han hecho que su imagen corporal estalle y se perciba fragmentado. Afirman, entonces, que esta misma fase del *estadio del espejo* adquiere una nueva fuerza, preponderancia y lógica durante la pubertad como una experiencia fundante constitutiva de la subjetividad por la que el adolescente ha de pasar para *re-asumir* una nueva imagen de sí mismo, la de su

conformación de adolescente-adulto y no la del niño que había sido hasta ahora.² (Piccini et al., 2007)

No obstante, no es sólo una cuestión de “verse” o “parecer” unificado, puesto que se necesita de un Otro que garantice que esa nueva imagen es él, su mismidad unificada.

Según explican Piccini y Otros(2007), la identificación de la fase del espejo es del orden imaginario, donde el Yo se esboza sobre la base de una identificación a la imagen del semejante amable, pregnante, imagen completa como una gestalt $-i(a)-$ que se sostiene por el Ideal del yo $-i(A)-$, y desde allí se constituye el Yo $-i(a')-$. Pero destacan que Lacan subraya el sostén simbólico que soporta esta operación que corresponde al Ideal del yo, que va más allá de lo imaginario, desde un lugar tercero –desde el lugar del Otro, Ideal del Yo- se ratifica al niño que esa imagen se le corresponde. Y en las propias palabras de Lacan:

(...)aquel momento de júbilo en que el niño, captándose en la experiencia inaugural del reconocimiento en el espejo, se asume como totalidad que funciona en tanto tal en su imagen especular, ¿acaso no he recordado siempre el movimiento que hace el niño? (...) A saber, se vuelve hacia quien lo sostiene, que se encuentra ahí detrás (...), diremos que, con ese movimiento de mutación de la cabeza que se vuelve hacia el adulto como para apelar a su asentimiento y luego de nuevo hacia la imagen, parece pedir a quien lo sostiene –y que representa aquí al Otro con mayúscula- que ratifique el valor de esa imagen. (Lacan,2006,p.42)

Asimismo, Piccini et al.(2007) destacan cuán importante es que el adolescente cuente con un semejante durante la angustia que lo invade durante el trabajo de reposicionamiento subjetivo, para que el púber pueda lidiar con ciertos ataques sentidos como expresión acrecentada de emociones, y tomando a Freud como referencia quien afirma: “El ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el *otro*, pero las más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya”(Freud, 1976, p.280) los autores explican que: “Podríamos pensar en términos lacanianos ese otro del

² Cabe aclarar que Lacan nunca habla en términos evolutivos o cronológicos, sino siempre se refiere en términos de tiempos lógicos.

decir freudiano claramente como 'Otro' con mayúscula inicial, es decir el lugar del Ideal del Yo". (Piccini et al., 2007, p.102), para concluir que "El Yo necesita siempre reconocimiento que le asegure la permanencia de su imagen, (...)sobre todo en el tiempo de la adolescencia, (...) durante la profunda metamorfosis libidinal en el que la lógica del espejo marca un antes y un después en la constitución de un saber que se tiene un cuerpo, una Imago unificada, no ya del niño que fuera sino de adolescente, en un nuevo y tumultuoso despertar de la sexualidad."(Piccini et.al, 2007, pp.102-104)

Asimismo, tal como sabemos desde Freud acerca del narcisismo primario y la libidinización del cuerpo del bebé para que ello surja, desde Lacan podemos agregar que "El investimento de la imagen especular es un tiempo fundamental de la relación imaginaria. Es fundamental en la medida en que tiene un límite. No todo el investimento libidinal pasa por la imagen especular. Hay un resto." (Lacan, 2006, p.49). Resto que sobrevive en el pasaje por el significante puro, por la simbolización, y este resto es lo que a su vez constituye falta, lo que queda por fuera, lo que queda separado del saber. Para una mayor claridad nos apoyamos en Miller quien afirma que "La separación del objeto real concierne al cuerpo, que no es el cuerpo imaginario, sino el cuerpo libidinal, que va más allá de los límites del cuerpo imaginario, que implica el cuerpo del Otro, bajo todas sus formas". (Miller, 2007, p.118)

Más adelante, insistimos junto a Lacan que: "La falta es radical, radical en la constitución misma de la subjetividad (...).Me gustaría enunciarlo con esta fórmula –en cuanto eso se sabe, en cuanto algo accede al saber, hay algo perdido, y la forma más segura de abordar eso perdido, es concebirlo como un pedazo de cuerpo"(Lacan,2006, p.148).

Sabemos que Lacan le da a este resto perdido el nombre de pequeño objeto a, que es concepto fundamental en sus formulaciones del deseo y el goce, en palabras de Lacan:

La base de la función del deseo es, en un estilo y una forma que se tienen que precisar cada vez, este objeto central a, en la medida en que está, no sólo separado, sino siempre elidido, en otro lugar que allí donde soporta el deseo, y sin embargo en relación profunda con él. Este carácter elusivo no es en ningún otro lugar más manifiesto que en el nivel de la función del ojo. Por eso el soporte más satisfactorio de la función

del deseo. A saber el fantasma, está siempre marcado con un parentesco con los modelos visuales en los que funciona comúnmente y que, por así decir, dan el tono a nuestra vida deseante.(Lacan, 2006,p.272)

No es casualidad entonces, que cuando el adolescente se siente más precario, se dibuje, se tatúe y se marque, para taponar la falta, para seguir siendo sujetos de deseo, y emprende esa búsqueda de lo visual, de presentar esa imagen que necesita deseable, en tanto se presenta entera y sin mácula, sin haber cruzado la castración, sin haber sido elididos por el significante.

Otro de los lugares que hemos recorrido se corresponde a lo que refieren Piccini et al.(2007) en cuanto a la tensión y la nueva dimensión de sexuación que enfrenta el adolescente como consecuencia de la segunda oleada de la sexualidad, su contundente conmoción, el movimiento de importante magnitud que conlleva y el estallido de la pulsión sexual en la pubertad. En consecuencia, lidiar con esta irrupción desmedida no es nada fácil, e intentará encontrar respuestas en el Otro a su desconcierto, temores y culpa.

Lamentablemente en los tiempos del posmodernismo ese Otro, ese Otro que debieran ser las figuras de autoridad no están presentes, ni siquiera para ser confrontados, el adolescente actual no tiene *padre a quien matar* –recordando el concepto de “Asesinato del Padre” de Winnicott- no hay adulto que ocupe el lugar de modelo y lo que encuentra es un par, otro adolescente, en esta sociedad que venera lo juvenil y que se ha “adolescentizado”, y así lo asegura Doltó(2004), cuando dice que el conflicto generacional no se produce como antes, pues los adultos, sean padres, docentes, autoridades en general, huyen, y esta desidealización de figuras parentales - sume a los jóvenes en el más terrible desamparo.

De ahí que nos preguntemos ¿qué hace entonces nuestro adolescente de hoy? ¿qué hace para cruzar este pasaje de niño a adulto? ¿qué defensas, recursos, o herramientas elegirá?

Una de las respuestas la encontramos en Quiroga(1998) cuando afirma que una de las defensas utilizadas por los adolescentes frente a la problemática propia que están viviendo es la *desmentida* –corresponde a algún tipo de sustitución que permita sostener

el juicio del *Yo-Placer* frente al juicio del *Yo-realidad*, esta defensa recae sobre la muerte de los padres de la infancia (idealizados y nutricios), sobre su castración, bisexualidad, sobre su propia muerte y su origen. Agrega la investigadora, haber observado que en la adolescencia media la desmentida frente al juicio de castración se manifiesta a la manera del fetiche con el uso de intensificadores y la eliminación de la percepción de las diferencias, y explica que el uso de intensificadores corresponde a acciones o usos preconcientes que el Yo utiliza en la imagen corporal, en el lenguaje o en la acción en forma exagerada y sobreabundante para contrarrestar la falta.

Podemos hipotetizar que una expresión de dichos excesos sería una marca exagerada y excesiva en algún lugar visible del cuerpo, como son los tatuajes, los piercings o cualquier elemento que modifica, distorsiona o deforma el cuerpo.

Por otra parte, si el rito de iniciación –como dijimos antes- es soporte para este pasaje de niño a adulto, nos preguntamos, por qué no pensar que el adolescente actual suple los ritos que no le entrega el Otro marcando y gritando con señas en su cuerpo su transformación en adulto. Esta hipótesis encuentra coincidencia en el artículo *Estéticas do corpo: técnicas de modificacao* de Gorender(2008), en tanto afirma que las marcas corporales –generalmente tatuajes- son signo de pertenencia social, señal de clase social, puede estar relacionado a la religiosidad o bien como un rito de pasaje de un estado a otro de la vida. De hecho, la autora agrega que varias investigaciones muestran que hacerse tatuajes o piercing entre los adolescentes es una prueba de coraje y una forma de seguir la moda, y agrega que para los estudiantes: “a arte corporal é um meio para criar seu próprio ritual de passagem à idade adulta, lá onde as sociedades nada haviam previsto para eles.”³ (Gorender, 2008, p.3).

Sabiendo que el tatuaje es una alteración de carácter permanente sobre la piel y que aparecen generalmente en la adolescencia –foco de tensiones, transformaciones, angustia y trauma- podemos preguntarnos ¿por qué este adolescente frente a su cuerpo fragmentado y estallado por la tensión, con una angustia que lo atraviesa desde lo real, trata de responder a este real desde lo imaginario y no desde lo simbólico?

³ El arte corporal es un medio para crear su propio ritual de pasaje a la edad adulta, en aquellas sociedades donde nada de esto habían previsto para ellos.

Quiroga et al.(2003) nos explican que para Freud el proceso de constitución de la subjetividad aparece en tanto se transforma lo cuantitativo en cualitativo: afectos e impresiones sensoriales enlazadas, esto es, cuando se crean representaciones con afectos que sirven de ligadura entre la pulsión junto a las impresiones sensoriales. Ahora bien, ellos afirman que este desarrollo hacia la subjetividad puede ser interferido por múltiples causas y la subjetividad embrionaria sufre de fallas originarias donde algo no se pudo inscribir simbólicamente, nosotros traemos a colación a Winnicott y su concepto de la madre *suficientemente buena*, que en este caso seguramente no existió. Es en esta dirección que, Quiroga y Otros piensan las inscripciones en el cuerpo: “Ante cada falla primordial, el individuo intenta otorgarse una singularidad de la que carece, una marca que lo identifique, a través de la cual intenta, otorgarse a si mismo y exhibir ante el prójimo un ser consistente”(Quiroga et al., 2003, p.15). Agregan que un tatuaje es una prótesis de aquello que no se conformó en su momento, y acceden a un precario sentimiento de existencia, a un plagio del sentimiento de sí, y por ello concluyen, se tatúan una y otra vez, pues cada vez es un intento fallido (Quiroga et al., 2003), cuestión que se acerca mucho al concepto de *falso-self* de Winnicott que provoca una vaciedad de la existencia.

Un enfoque análogo encontramos en el desarrollo de Gaudio(2010), donde la autora refiere que el tatuarse podría ser signo de la existencia de un déficit en el campo representacional, y siendo la adolescencia un tiempo de reorganización psíquica, es un tiempo propicio para tatuarse con el fin de adquirir otra piel, una piel que recubre, una piel protectora. Ella explica que “El cuerpo libidinal, habita un cuerpo biológico. La piel, con su función fisiológica, en el encuentro con un otro ser humano propicia el pasaje de un cuerpo biológico a un cuerpo psíquico (representacional)”(Gaudio, 2010, p.124). Nosotros diríamos, en términos freudianos, que posibilita el cuerpo del narcisismo primario⁴.

De todo esto, deducimos que si el adolescente se siente desamparado, inerme, con su cuerpo fragmentado y no unificado, tan lejos del tiempo de Narciso y la *dimensión especular* que podría buscar en el tatuarse “un efecto de sello de esta membrana o como la constitución de una nueva membrana, una nueva piel, que puede conllevar una función

⁴ El Narcisismo Primario surge durante el pasaje del autoerotismo hasta llegar a considerar el sí mismo como primer objeto de amor vía libidinización.

restitutiva. (...) Así, el tatuaje ofrece una vía de estabilidad yoica, propicia un sentimiento de mismidad que, a partir de la intervención específica sobre el cuerpo, se presenta como una nueva envoltura narcisista". (Gaudio, 2010, p.124)

Otra respuesta frente al trauma adolescente, es pensar en transformar lo sufrido en forma pasiva en modo activo según la lógica freudiana desarrollada en Más allá del Principio del Placer. Según Quiroga et al.(2003) los cambios en el cuerpo y de la imagen corporal constituyen un verdadero trauma debido a lo disruptivo del proceso y a la sensación de que dichos cambios son tan ajenos y se producen en lo más íntimo -en su propio cuerpo ni más ni menos-, que son *transformaciones que hacen estallar la imagen narcisizada especular previa*, y por lo tanto, al pincharse con agujas, pinzas, el adolescente se apropia de ese *cuerpo extraño* y convierte la angustia de este real en dolor físico, donde siente que tiene el control. Esto es: ha transformado su sufrimiento pasivo en activo.

Otra hipótesis respecto de las respuestas que puede ofrecer el adolescente frente al real que lo irrumpe y avasalla -frente a esa angustia que provoca ese pequeño *objeto a* centro de goce y deseo- es realizar un *acting out* a través de marcas e inscripciones en su cuerpo. Según Lacan(2006) el *acting out* es esencialmente algo que se muestra, es demostrativo, y por sobre todo se muestra hacia el Otro, y esto lo diferencia del síntoma que no necesita de nadie pues es goce, goce revestido, pero goce al fin y al cabo que no necesita de nadie.

En el *acting out* se muestra, bajo una mueca o una exageración, ese resto del que queremos hablar pero del cual no podemos hablar, en un *acting out* el pequeño *objeto a* mueve los hilos de la escena, sube a escena pero de una manera sesgada, nunca abierta, siempre en un campo de falacia. Hipotetizamos que también una marca en el cuerpo, un corte, o un tatuaje puede ser expresión y manifestación de un *acting out*, quiere mostrar el centro del deseo -el *objeto a*- y lo hace a través de una imagen en su propio cuerpo, en ese cuerpo que no está del todo simbolizado, quizás señalando la propia falta.

Quisiéramos aclarar que la falta no es en lo real, es siempre a nivel simbólico: "la falta sólo puede captarse por medio de lo simbólico. Es en el nivel de la biblioteca donde se puede decir – Aquí, el volumen tal falta en su lugar."(Lacan, 2006, p.145)

Finalmente, si hablamos de marcas o dibujos –tatuajes, piercing, pocketing, branding,...- que el adolescente quiere exhibir ante otros, es preciso que hablemos de la mirada. Y junto con Lacan preguntamos “*Pero ¿qué es la mirada?*”, y Lacan responde citando a Sartre: “En tanto que estoy bajo la mirada ya no veo el ojo que me mira, y si veo el ojo, es entonces la mirada la que desaparece.”(Lacan, 1987, p.91). A su vez, se pregunta si este análisis es justo, explica que no es cierto que cuando estoy bajo la mirada, cuando demando la mirada, cuando la obtengo, no la vea en absoluto, porque en realidad esa mirada que encuentro “*no es en modo alguno una mirada vista, sino una mirada por mi imaginada en el campo del Otro.* (el subrayado es mío)”(Lacan 1987, p. 91). Y más importante aún para el tema que nos convoca: Lacan(1987) afirma que el dominio de la visión está integrado al campo del deseo.

Esto quiere decir que nuestro adolescente, necesita y a la vez se angustia ante el deseo - ante la mirada del Otro- tal como lo anticipamos cuando hablamos de la Mantis Religiosa. Entonces, vale preguntarnos, cuando este sujeto se dibuja, cuando se llena de marcas ¿quiere hacerse notar? ¿quiere hacerse desear? o ¿quiere cubrirse para que la mirada del Otro no lo encuentre?

Una de las respuestas que podemos dar a estas interrogantes, es lo que dice Lacan cuando refiere lo que siente el pintor cuando muestra su obra: “(...) ¿Quieres mirar? Pues bien, ¡ve esto! Entrega algo como alimento al ojo, pero invita a aquel a quien se presenta el cuadro a deponer ahí su mirada, al igual que se deponen las armas. Ese es el efecto pacificador, apolíneo, de la mirada. Se da algo no tanto a la mirada como al ojo, algo que implica abandono, depósito, de la mirada” (Lacan,1987,p.108). Pero aclara que algo aquí se escapa, y hace mención a que la pintura expresionista entrega algo en el sentido de cierta satisfacción, de una cierta satisfacción pulsional –en sentido freudiano- a lo que la mirada pide.(Lacan, 1987)

Y hay otra respuesta que nos parece aún más apropiada a lo que andamos buscando: “Cuando, en el amor, pido una mirada, es algo intrínsecamente insatisfactorio y que siempre falla – ‘Nunca me miras desde donde yo te veo’ ”. (Lacan,1987, p.108). A nivel escópico, ya no estamos en el piso de la demanda sino del deseo, del deseo del Otro, entonces: “En general, la relación de la mirada con lo que uno quiere ver es una relación

de señuelo. El sujeto se presenta como distinto de lo que es, y lo que le dan a ver no es lo que quiere ver".(Lacan, 1987,p.111)

Creemos que se parece tanto a nuestro pequeño adolescente que quiere ser deseado y mirado, pero no por aquel cuerpo que no quiere ser – pues aún no acepta este cuerpo transformado- sino por ese algo distinto, por ese algo diferente que supone provoca el deseo. Y, ¿será por esto que se esconde y se exhibe a la vez detrás de todos los dibujos y marcas que su imaginación invocante y deseante le sugiere?, y consecuentemente presentarse como un cuadro, un cuadro a ser mirado. Citando a Lacan:

Para empezar, es preciso que insista en lo siguiente -en el campo escópico, la mirada esta afuera, soy mirado, es decir soy cuadro. Esta función se encuentra en lo más íntimo de la institución del sujeto en lo visible. En lo visible, la mirada que está afuera me determina intrínsecamente". (Lacan,1987,p.113)

Hipotetizando, podemos decir que si nuestro adolescente puede engañar esa mirada, entonces puede determinar lo que quiere se vea de sí, gran logro cuando el cuerpo que lo sostiene todavía no es lo que quisiera mostrar ni ser. Este mostrarse como lo que no es pero es lo que se quiere mostrar, trae a colación el término *mimetismo*, que según dice Lacan(1987) interviene tanto en la unión sexual como en la lucha a muerte, y explica que "Allí el ser se descompone de manera sensacional, entre su ser y su semblante, en él mismo y ese tigre de papel que da a ver" (Lacan, 1987, p.114), y agrega que el sujeto humano, sujeto de deseo –esencia del hombre- a diferencia del animal no queda enteramente atrapado en esta captura imaginaria, porque sabe orientarse en tanto aísla la función de pantalla y juega con la máscara como siendo en realidad ese más allá del cual está la mirada.

Por nuestra parte, nosotros agregamos que es ese más allá donde esta el verdadero señuelo pero que no se verá jamás, ese pequeño *objeto a* que siempre está detrás de todo aquello que convoca el deseo.

Desde otra visión, ya no desde el deseo, sino desde la pulsión podemos intentar hipotetizar una respuesta a lo que busca el joven al tatuarse, al escarificarse, y lo

encontramos cuando revisamos los conceptos de Lacan(1987) cuando define la libido no como un campo de fuerzas o energía, sino como un órgano, y aclara que “La libido es el órgano esencial para comprender la naturaleza de la pulsión. Este órgano es irreal. Lo irreal no es lo imaginario. Se define por articularse con lo real de un modo que no podemos aprehender, y por ello, justamente, requiere de una presentación mítica, tal como la nuestra”⁵ (Lacan, 1987, p.211).

Y Lacan continúa con su argumentación referida a la libido y su forma de encarnarse, quien refiere: “Pero ser irreal no impide a un órgano encarnarse. De inmediato les doy su materialización. Una de las formas más antiguas de encarnar, en el cuerpo, este órgano irreal es el tatuaje, la escarificación. La incisión tiene precisamente la función de ser para el Otro, de situar en él al sujeto, señalando su puesto en el campo de las relaciones del grupo, entre cada uno y todos los demás. Y, a la vez, tiene de manera evidente una función erótica, percibida por todos los que han abordado su realidad” (el subrayado es mío) (Lacan,1987, p.211).

Y entendemos que esta respuesta toca a otra de las temáticas que desafían al adolescente: la pérdida de su bisexualidad y el encuentro con el erotismo, pero por sobre todo encontrar un compañero sexual, un objeto de amor y sexualidad, un objeto que como dice Freud será el re-encuentro con el objeto perdido. Y para lograr esto encuentra en el tatuaje y la escarificación un modo elocuente de mostrarse al Otro y al otro en su erótico afán.

⁵ En este pasaje Lacan se está refiriendo al mito de la laminilla que se explica como sigue: Esta laminilla, este órgano, cuya característica es no existir, pero no por ello deja de ser un órgano –podría hablarles más ampliamente de su lugar zoológico-, es la libido. Es la libido como puro instinto de vida, es decir, de vida inmortal, de vida irreprimible, de una vida que, por su parte, no necesita de ningún órgano, de vida simplificada e indestructible. Es justamente lo que se le sustrae al ser viviente por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual. Y de esto son los representantes, los equivalentes, todas las formas enumerables del objeto a. Los objetos a no son más que sus representantes, sus figuras. El pecho, como equívoco, como elemento característico de los mamíferos –igual que la placenta- representa bien esa parte de sí mismo que el individuo pierde al nacer, y que puede servir para simbolizar el más recóndito objeto perdido. (Lacan, 1987, p.205)

CONCLUSIONES

Después de hacer esta investigación podemos decir que las marcas en el cuerpo pueden ser una defensa, una forma de reaccionar, quizás la única respuesta posible en la mudez de la pulsión que avasalla por medio de esa multitud de acontecimientos y transformaciones que empujan a este púber y lo convulsionan desde afuera y desde adentro.

Estas inscripciones - a veces hermosas, otras veces tributarias, o bien horribles deformaciones o imágenes monstruosas- en el propio cuerpo, son el único medio, a través del cual el adolescente puede ligar la pulsión desmezclada, que le presenta su más oscura cara en el masoquismo erótico.

Por ende, utilizando el medio visual, el medio de la mirada, el registro imaginario de la dimensión especular, la dimensión más amable y pregnante, allí donde el sujeto se siente más protegido ante la indefensión y el desamparo logra mantener a raya la angustia y el trauma, porque, en realidad, las palabras no asoman y se atrasan, porque escasea la elaboración, porque los recursos aún no alcanzan para responder con el lenguaje.

Sabemos que el dispositivo psicoanalítico proporciona las condiciones para hacer consciente lo inconsciente, que la asociación libre permite elaborar los resquicios de lo que no se sabe pero se sabe. Entonces, podemos decir que este dispositivo que no impone ni da reglas, puede llegar a ser un excelente puente y refugio para que el púber pueda descubrir en su ritmo y con sus palabras lo que el real de su cuerpo le impone, y mediante la cura de la palabra poder simbolizar, poder ligar de nuevo la pulsión, poder traer todo ese goce no adviniente hacia los terrenos más prometedores del Principio del Placer.

Más aún, creemos que si nos inspiramos en los grandes psicoanalistas de grupos como Kaës, Guattari, Ulloa, Anzieu, Deleuze y otros, podríamos crear e investigar acerca de dispositivos analíticos grupales para adolescentes, sabiendo que en ese lugar -entre pares- estarán más dispuestos, más osados, y más sinceros para poder detectar las

problemáticas más actuales, y proveer de las herramientas psíquicas para un mejor desenvolvimiento de esta etapa.

Para finalizar, me gustaría decir: con Freud, que es en la transferencia donde se libra la verdadera batalla; con Lacan, que el analista tiene que hacer *semblante de objeto a* para contener toda la angustia en la transferencia; con Winnicott, que a veces nos toca ser esa madre suficientemente buena que no fue; con Bion que ante la pesadilla de un niño, el mejor remedio es el “*rêverie*” de la madre⁶; con Klein que a veces tendremos que ocupar el lugar de ser el objeto malo y recibir todo el odio y ser receptáculo de la basura que no tiene donde descansar. Y por sobre todo, saber que acompañar a un adolescente es complejo, tal como lo dice Anna Freud: “*Hacer psicoanálisis con adolescentes es como correr al lado del tren*”. ¡Gran desafío! Pero es uno de los trabajos más reconfortantes y llenos de alegría que podemos obtener.

⁶ Poner en la boca del niño las palabras que le faltan, así como la madre pájaro pone el alimento ya masticado para que el bebé pájaro lo pueda asimilar.

LISTA DE REFERENCIAS

- Baumgart, A.** (2001) *Ataque de Pánico y subjetividad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Caffarelli, C.** (2008) *Tribus Urbanas. Cazadores de Identidad*. Buenos Aires: Lumen
- Di Masso, L. y Mitre, J.** (2010) Una reflexión sobre lo real y los nuevos semblantes. *Psicoanálisis y el Hospital*, 37, 113-115.
- Doltó, F.** (2004) *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires: Paidós (Orig. 1988)
- Freud, S.** (1976) *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, Argentina, 24T
_____. *Fragments de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-99])
- Gaudio, R.** (2010) Vestiduras del cuerpo. *Psicoanálisis y el Hospital*. 37, 121-125.
- Gorender, M.** (2008) *Estéticas do corpo: técnicas de modificação corporal*. Recuperado el 31 de Marzo de 2011 de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1519-94792008000100007&lng=pt&nrm=iso
- Kancyper, L.** (1990) Adolescencia y desidentificación. *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLVII, 4, 1- 9.
- Kaplan, D. y Tobar, V.** (2010) Interconsulta: ¿Qué cambia en la pubertad?. *Psicoanálisis y el Hospital*, 37, 166-172.
- Lacan, J.** (2006) *El Seminario:10. La Angustia*. Buenos Aires: Paidós (Orig. 2004)
- Lacan, J.** (1987) *El Seminario:11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós (Orig. 1973)
- Medeiros, M., Silveira, A. y Machado, E.** (2009) Marcas corporales en la adolescencia: (im) posibilidades de simbolización. *Psicologia em Revista, Belo Horizonte*, V15, n.1, 90-105.
- Mendoza, L.N. y Rodríguez, L.** (2010) Adolescencia hoy: ¿Un tránsito transitable? *Psicoanálisis y el Hospital*, 37, 8- 14.
- Miller, J-A.** (2007) *La angustia. Introducción al Seminario X de Jaques Lacan*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo. (Orig. 2006)
- Nasio, J.-D.** (2008) *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Piccini Vega, M., Barrionuevo, J. y Vega, V.** (2007) *Escritos psicoanalíticos sobre adolescencia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Quiroga, S.E.** (1998). *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo de objeto*. Buenos Aires: Eudeba.

Quiroga, S.E., Piccini, M., Belcaguy, y Farro, A. (2003) Adolescencia. Las marcas en el cuerpo. En M. Piccini y M. Bercaguy (Comp.) *Cuaderno Nro 2. Fallas en la constitución de la subjetividad. Sus manifestaciones en la adolescencia*. Págs.: 4-19.

Rother, M.C., Grassi, A., Donzino, G., Reinoso, D., Sanders, J, Bleichmar, S., y Otros. (1992) La pubertad: ¿un traumatismo?. *DIARIOS CLÍNICOS, N°5*, 71 – 78.

Soler, C. (2007) *¿Qué se espera del Psicoanálisis y del Psicoanalista?*. Buenos Aires: Letra Viva.

Zamorano, S. (2010) Cortes que hacen cuerpo. *Psicoanálisis y el Hospital*, 37, 101-105.